



NUEVA Y CURIOSA RELACION

DE SAN ALBANO.

Dase cuenta y declara el admirable, portentoso y maravilloso nacimiento de este glorioso y bienaventurado Santo, Príncipe del reino de Ungría.

PRIMERA PARTE.

Las tres divinas Personas, Padre, Hijo, Espiritu Santo, que son un Dios, una esencia, les pido humilde y postrado, alumbren mi entendimiento, me den su auxilio y amparo para que pueda explicar la rudeza de mis labios del Ungaro mas felice

la santidad y el aplauso. Hubo en los reinos de Ungría entre otros un potentado, siendo su príncipe Héctor el nobilísimo Hisano: el cual tenia una hija, de la hermosura dechado. No dibujo perfecciones, que será el prólogo largo;

paso pues á la sustancia,
 y digo que de quince años
 era la hermosa Princesa,
 cuando el padre enamorado
 de su belleza se hallaba,
 cual Faeton despeñado,
 ó como Icaro herido,
 de desosiegos cercado
 por gozar de su hermosura,
 ó pensamiento tirano!
 Levantose cierta noche
 con un puñal en la mano,
 y al lecho de la Princesa
 se llegó con lento paso,
 diciendo: despierta, hija,
 deja el profundo letargo,
 recibe dulces caricias,
 admite tiernos alhagos
 de tu padre, que se halla
 mi corazon abrasado;
 y si no admities favores,
 con este acero templado
 te daré muerte atrevido:
 no hay remedio en lo tratado.
 Oyendo lo referido,
 con documentos cristianos,
 la Princesa le responde,
 maravillada del caso:
 es posible, padre mio,
 que en vuestro pecho cristiano
 caber pueda tal maldad!
 Temed de Dios los amagos,
 temed de Dios el castigo:
 no determineis osado
 egecutar tal intento;
 haya en tal delirio vado:
 con lágrimas os lo pido.
 Mas el Príncipe arrestado
 la amenazó con la muerte.

Quién vió suceso mas raro!
 Gozó el padre de la hija;
 qué enorme y atróz pecadol
 Sintiéndose embarazada
 á un cuarto se ha retirado,
 y con oscuras bayetas
 su cuerpo lo ha cobijado.
 Allí hacia penitencia,
 á la Magestad clamando
 de Dios Todopoderoso,
 la perdone sus pecados.
 El tiempo de nueve meses
 sin salir se ha egercitado
 en labrar unos pañales,
 y en ellos ha dibujado
 el escudo de sus armas
 con grandísimo cuidado.
 Sintiéndose con dolores,
 al padre cuenta le ha dado,
 como de parto se hallaba:
 al proviso mandó Hisano
 á un criado, que llevase
 lo que naciese, á arrojarlo
 en el monte, y lo matase.
 O qué pecho tan tirano!
 ó qué crueldad tan acerba!
 las piedras hacen quebranto.
 Parió un niño muy hermoso,
 y envolviéndole en los paños,
 cuando el criado lo toma,
 con lágrimas le ha rogado
 que no le diese la muerte
 si lo llevaba á matarlo.
 Habiéndolo asi ofrecido,
 metió espuelas al caballo,
 y al término de seis leguas,
 al rústico pie de un árbol
 al infante se dejó,
 anegado en tierno llanto,

pidiendo al monte, á las aves,
 á los riscos y collados,
 con lastimosos sollozos,
 el sustento que negaron
 ingratemente los padres.
 A cuyo tiempo impensado,
 ecsaminando aquel monte
 venía el príncipe Albano,
 el cual tenia dominio
 sobre dicho potentado
 de Hisano, y viendo al infante,
 con cariño lo ha tomado
 en los brazos, y lo lleva,
 y con secreto y recato
 mandó criar aquel niño:
 púsole por nombre Albano,
 echando voz en el reino
 era su hijo; y reparando
 en los pañales, guardolos
 con grandísimo cuidado.
 Criose pues este infante
 con los políticos cargos
 que en los Príncipes se usa,
 y es por demas declararlo.
 De todos era querido
 por afable y cortesano,
 cariñoso, limosnero,
 honesto, prudente y casto.
 Llegó á disfrutar la dulce
 primavera de sus años,
 cuando cuidadoso el padre
 cierto dia lo ha llamado,
 diciendo: querido hijo,
 es cierto, mi amado Albano,
 que tengo grandes deseos
 de que tomes nuevo estado.
 Bien sabes somos sujetos
 á la muerte, y esto es claro:
 yo gusto de que te cases.

Ocho son los potentados
 de tus dominios, y asi,
 si quieres egecutarlo,
 le mandaré Embajadores,
 á todos, haciendo encargo,
 que aquel que taviere hija,
 luego envíe su traslado,
 copia del original,
 y la que mas de tu agrado
 fuere, esa será tu esposa,
 que es bueno que mayorazgo
 haya, hijo, que es razon.
 Obedeciendo el mandato
 del padre, luego remiten
 sin dilacion embiados,
 y pasados los seis meses,
 todos ocho se juntaron,
 cada uno con su copia,
 gozosos de haber logrado
 la empresa tan deseada.
 Ahora al lector encargo
 la atencion en este punto.
 Quedó Albano enamorado
 de la copia de su madre,
 pues al verla, se ha abrasado
 cual mariposa, cual Fenix.
 O misterios soberanos!
 La embajada le remiten,
 que dice el príncipe Albano,
 su gusto era el ser esposo
 de aquel portento ó milagro
 de la hermosura; y asi,
 que será muy breve el plazo.
 Compuestos y prevenidos
 los reales aparatos
 para las célebres bodas;
 de su patria salió Albano,
 acompañado de grandes,
 y el padre que lo ha criado,

con su real comitiva,
 montes y breñas cruzando.
 Llegaron por fin á la puerta
 del nobilísimo Hisano;
 y viendo la madre al hijo,
 quedó su pecho abrasado,
 y enamorada de forma
 que al instante el sí le ha dado.
 No refiero las grandezas,
 las finezas y regalos
 que de madre al hijo hubo
 en el tiempo limitado
 de las bodas, que es verdad
 que parece ser encanto.
 Por fin desposados fueron
 hijo y madre, dos hermanos,
 en los lazos de himeneo,
 gozando tiernos alhagos
 y caricias amorosas
 por espacio de seis años.
 Pasado ya dicho tiempo,
 un accidente ha gravado
 mortalmente al dicho padre,
 y á su lecho lo ha llamado,
 diciéndole estas razones:
 es cierto, querido Albano,
 hijo de mi corazon,
 (con qué dolor lo declaro!)
 (con qué pena te lo digo!)
 que por el presente paso
 en que me veo, es verdad,
 que al rústico pie de un árbol
 en lo intrincado de un monte
 te hallé envuelto en unos paños.
 Por mi hijo te he tenido,
 con cariño te he criado,
 como á hijo te traté,
 como á hijo te he estimado,

y como padre te pido,
 manteugas tu potentado:
 le darás premio al leal,
 tendrás paz con tus vasallos,
 defenderás de la iglesia
 todos sus misterios santos.
 A tu esposa la venera,
 como que Dios te la ha dado.
 Tú eres señor de otros reinos,
 que el escudo ha declarado
 de tus armas, que lo eres,
 según lo dicen los paños
 en que venias envuelto,
 que aquí á mi derecha mano
 están en ese escritorio.
 Esto solo ha pronunciado,
 cuando la parca cortó
 su vida con un letargo.
 Deshecho en lágrimas tiernas
 se quedó el triste de Albano,
 viendo su padre difunto.
 La Princesa, consolando
 á su esposo, le decia,
 cesase ya en tanto llanto.
 A lo que le respondió,
 era su mayor quebranto
 el saber no era su hijo
 según decian los paños
 que estaban en la gaveta.
 Y sacándolos Albano,
 la Princesa que los vido,
 cayó de un mortal desmayo.
 En donde la dejaremos;
 y dice Pedro Navarro,
 que en otra segunda parte
 dejará finalizado
 todo el resto de la vida
 del beatísimo Albano.

VERDADERA RELACION
DE SAN ALBANO,

en la cual se refiere y declara el fin de los maravillosos sucesos de este bienaventurado Santo, Príncipe de Ungría, su áspera y rigurosa penitencia, santa y dichosa muerte.

SEGUNDA PARTE.

Vuelta en sí la blanca rosa
y bellísima Princesa
de aquel fatal parasismo,
que de la muerte á las puertas
la tuvo, por la ocasion
de ver que los paños eran
los mismos que ella labró
en su reclusion secreta,
y con que envolvió al infante,
le ofreció naturaleza
al armiño de su rostro
palideces de sus etnas;
y entre tímida y turbada,
estrechamente le besa
la mano, diciendo: hijo,
del alma querida prenda,
rompa la voz el silencio,
declárese esta tragedia;
derramen los ojos de mares,
y si castigo merece

lo inaudito de la ofensa,
vos sois, señor, el cuchillo,
mi garganta aqui está puesta.
Has de saber, dulce Albano,
de que la cruel violencia
de nuestro padre (qué ahogo!)
egecutó (grande penal)
la mayor crueldad en mí,
que otra imposible és se vea.
Me amenazó con la muerte,
rechazando mi inocencia
sus designios: pues osado,
cuando la comun tarea
daba tributo á Morfeo,
hácia mi lecho se llega,
diciendo que he de morir,
si su obstinacion proterva
y osada no le cumplia.
Cometí, señor, la ofensa,
motivo á que retirada,
sirviendo de oculta celda

lo oculto de un aposento,
 cubrí de negras vayetas
 mi cuerpo, y me entretenia
 en labrar las armas mismas
 que se ven en esos paños,
 testigos de mi flaqueza:
 y cuando llegó la hora
 que á luz del mundo nacieras,
 envuelto fuiste con ellos;
 y mi padre con fiereza
 á un criado le mandó
 te matase; pero atenta
 á que culpa no tenias,
 le pedi que entre las selvas
 te dejase con la vida.
 Aquesta és, querida prenda,
 la verdad que ha estado oculta,
 y ahora la hago manifiesta.
 Yo soy tu madre, tu hermana
 y tu esposa: considera
 el error egecutado,
 y á Dios pidamos clemencia.
 Viendo Albano este prodigio,
 se admira, asombra y eleva,
 dando forma de pasar
 á ver á Hisano, y la nueva
 darle de lo referido.
 Con que con cristiana idea
 determinó el ausentarse,
 y con vivas diligencias
 á un sobrino de su padre
 le dió Albano órden espresa
 de que el pais gobernase
 hasta que diese la vuelta,
 que el Pontífice los llama
 para ciertas dependencias.
 Se salen de la ciudad
 descalzos de pie y de pierna
 una tenebrosa noche,

porque ninguno los vea,
 vestidos de peregrinos,
 pisando las duras piedras
 con sus delicados pies
 iban Príncipe y Princesa.
 A las puertas de palacio
 de Hisano los dos se llegan,
 piden audiencia y le hablan,
 mezclando lágrimas tiernas,
 que á los ojos se venian,
 diciendo de esta manera:
 gran señor, no nos conoces?
 aqui tienes tus dos prendas,
 aqui tienes tus dos hijos;
 ó qué novedad es esta!
 En qué confusion, señor,
 nos tienes. Ya la suprema
 Magestad ha declarado,
 padre y señor, esta ofensa.
 Pasar á Roma es preciso,
 solicitemos la enmienda.
 Viendo Hisano declarada
 toda la fatal tragedia,
 en compañía de los hijos
 pasó á Roma con presteza,
 dejando en su estado á un deudo,
 que entre tanto lo rigiera.
 Válgame Dios, qué prodigio!
 quién podrá ajustar la cuenta
 tan rara é inusitada
 que en tres sugetos se encuentra
 de parentesco! hijo y madre,
 hermano, esposa, y que sea
 el suegro padre y abuelo;
 cosa admirable por nueva.
 En fin á Roma llegaron,
 en donde á los pies se echan
 de su Santidad los tres:
 generalmente confiesan

sus culpas, donde les dan
 saludable penitencia,
 que anduvieran siete años
 por entre riscos y breñas,
 que no durmiesen en cama,
 sino fuese sobre piedras.
 La penitencia admitieron,
 y con designio de hacerla,
 salen de Roma contritos,
 se retiran á las breñas.
 Quién vido la bella Infanta
 transformada en Magdalena,
 desmelenado el cabello,
 siendo ya sus carnes tersas
 de color cardenalado
 por sus grandes penitencias!
 Quién vido al justo de Albano
 pidiendo al cielo clemencial
 y al nobilísimo Hisano
 con la barba por la tierra,
 dando clamores al cielo,
 vertiendo lágrimas tiernas!
 Anduvieron siete años
 por riscos, por asperezas;
 y cumplido dicho plazo,
 marchaban para sus tierras
 á disponer de sus reinos,
 que era la orden que llevan,
 y meterse religiosos,
 que su Beatitud lo ordena.
 Aquí se me turba el alma,
 el pulso se desconcierta,
 y la lengua balbuciente
 no acierta á decir (qué pena!)
 que cuando hicieron un día
 tránsito al pie de una sierra,
 á la sombra de una encina
 determinan hacer siesta.
 Albano se sube á un árbol,

los dos abajo se quedan,
 y entre tanto que pedia
 Albano al cielo clemencia,
 llegó el demonio á inquietar
 nuevamente y con tal fuerza
 al anciano y a la hija,
 que sin que mas resistieran
 recaen en el delito.
 Cómo no tiembla la tierra!
 cómo no se eclipsa el sol
 y se oculta su luz bella!
 Albano que hizo el reparo,
 del árbol abajo se echa,
 y sin poder contenerse,
 armado de fuertes piedras,
 les quitó á entrambos la vida,
 hizo una caba, y en ella
 los enterró, y partió á Roma,
 y á su Santidad le cuenta
 el suceso por estenso,
 como arriba dicho queda.
 Su Beatitud le mandó
 que se volviese á la breña,
 y llevase un compañero
 de órdenes sacras, y sea
 todo el resto de su vida
 penitente anacoreta:
 que hiciese una ermita junto
 donde los cuerpos se quedan,
 y tenga los rezos dobles,
 sacando las calaveras,
 y que rece por sus almas
 y haga grandes penitencias.
 Pidió limitado tiempo,
 y sus cosas ya compuestas,
 á sus reinos envió cartas,
 en las cuales manifiesta
 el suceso referido,
 dando órdenes espresas,

que gocen los principados
 sus sobrinos, y que sea
 con la paz y la quietud
 que desde antiguo se observa.
 Y buscando un Sacerdote
 se retiran á la breña:
 para celebrar la misa
 lo necesario se llevan,
 y en dos cuevas se metieron,
 pasando una vida austera,
 con cilicios, disciplinas,
 y otras muchas asperezas.
 Siete años son los que estuvo
 Albano dentro la cueva,
 arrepentido y contrito.
 haciendo vida tan nueva,
 como dice el coronista,
 y la Iglesia manifiesta.
 Al cabo de dicho tiempo
 le acometió una dolencia
 á Albano, y el Sacerdote
 con caridad le amonesta
 al horror de sus pecados,
 y á pedir á Dios clemencia,
 y le administró los santos
 Sacramentos de la Iglesia.

Con la voluntad divina
 resignado, la asistencia
 de los santos imploraba
 para su hora postrera.
 Y la muerte de los justos
 murió, dando claras señas
 de que su alma gloriosa
 á las moradas eternas
 subió triunfante á gozar
 palma, laurel y diadema,
 por su mucho amor á Dios,
 sus vigiliyas y asperezas,
 su ardiente oracion continua
 y asombrosa penitencia.
 Seamos pues sus devotos,
 para que el Señor conceda
 por su medio á nuestra España
 felicidad, y se vea
 triunfante de quien procure
 enarbolar sus banderas
 en ofensa suya; y cante
 victoria siempre la Iglesia
 de reveldes enemigos,
 y brille la fé en la tierra.
 Y Pedro Navarro pide
 que perdon se le conceda.

FIN.

VALENCIA:

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria número 18, donde
 se hallará con otras diferentes relaciones, historias, romances,
 entremeses, y un gran surtido de varios papeles sueltos.*